

DALÍ, ¿ES O NO ES DALÍ?

Cada mañana, cuando me levanto, experimento una exquisita alegría, la alegría de ser Salvador Dalí, y me pregunto entusiasmado, ¿qué cosas maravillosas logrará hoy este Salvador Dalí?

Salvador Dalí

Todos saben que el gran pintor español, conocido por sus impresionantes y oníricas imágenes surrealistas y su excéntrica y provocativa forma de ser fue también un gran constructor de frases, y una de las que tomaremos aquí para profundizar en sus oscuros y laberínticos sentidos es ésa con la que solía jactarse cuando decía que “Dalí es un loco que se cree que es Dalí”.

Lo primero que vemos desprenderse aquí de esta paradójica afirmación, en este delirante desdoblamiento que hace de su propio nombre es el reconocimiento de que “Dalí no es DALI”. De que “Dalí (el hombre, el artista) es un loco que se cree que es DALI (el grande, el genial, el inmortal)”.



¿Quién es Dalí?

Su nombre completo es Salvador Domingo Felipe Jacinto Dalí i Doménech, y fue uno de los máximos exponentes del movimiento surrealista. En esta oportunidad intentaremos adentrarnos en los oscuros laberintos de este singular artista, siempre tan extremadamente imaginativo, para comprender mejor cuáles son las bases en las que se apoyan esas increíbles tendencias que siempre ha manifestado hacia el narcicismo y la megalomanía. Para ello, hemos decidido indagar en las modalidades discursivas que utiliza el polifacético genio español (quien fue pintor, dibujante, escultor, grabador, escenógrafo) para referirse a sí mismo, como él mismo, que es la típica expresión neurótica “yo soy yo” que usamos los sujetos para referirnos a nuestra *mismidad*, la que nos permite hablar de nosotros mismos como si fuéramos todo el tiempo “nosotros mismos” y no estuviéramos sujetos a un proceso permanente de transformación y cambio que nos llevara a poder no-ser nosotros mismos nosotros mismos alguna vez. Es sobre estas modalidades que dispone el discurso yoico para referirse “al sí mismo” que trataremos de ahondar aquí, y como plataforma de lanzamiento, vamos a utilizar aquella simple y acertada reducción que hiciera Freud sobre esa poderosa y casi mística relación que construyó el artista entre su nombre de pila y su yo, cuando dijo el maestro vienés que el primer Dalí “representaba el yo actual”, y el segundo, “el yo ideal”. Pero vayamos de a poco.

Lo que hace aquí Dalí con la construcción de esta frase tan llamativa y paradigmática (la de “Dalí es un loco que se cree que es Dalí”) es algo que bordea con gran sutilidad los límites del autoengaño, lo que pone en juego la creencia en el “yo soy yo”, que en el caso que plantea aquí Dalí es llevada al culmen de la idealización y que podríamos escribir así: “yo soy Yo”. Es pues el engrandecimiento de este pequeño yo, fortalecido por la certeza de su existencia -la misma certeza que puede volverlo indestructible- el que decididamente lo ha llevado a la locura, es decir, lo ha llevado a ser él mismo.

En esta frase que analizamos aquí –ya típicamente daliniana- encontramos al yo completamente desdoblado y al sujeto de la oración oscilando en la dialéctica de una relación intermediada por un espejo virtual, con su propio nombre sosteniendo en una posición ambivalente entre “él” y “él mismo”. Nuestro genial y delirante artista se ha servido de esta esquizofrénica manera de vincularse con él mismo para poder sostener y congeniar el mundo real en el que vivía con el mundo soñado en el que le encantaba vivir. Pero cuidado, esta es la encrucijada y es la trampa. Porque esta es la ilusión en la que se haya atrapado el sujeto que está sujeto a la neurosis y al inconsciente. Sin embargo, Dalí parece haber ido más allá de lo que en todo sujeto neurótico se ve como “normal”, y parece haber cruzado los límites de su propia racionalidad al hacer de sí mismo “un otro yo” en el que poder sostenerse cuando el yo, que es, no le alcanza para sostenerlo. Por eso su sueño más grande es el de ser “él mismo”.

La construcción de este gran Yo como él mismo y como padre de él mismo sólo puede sostenerse a través del auto convencimiento y de la infalible certeza de ser él mismo. Es decir, el Padre y el Hijo. El Uno y el Otro. La imagen más representativa sería quizá como un carruaje guiado por dos cocheros o la de un rey que se halla entre dos tronos. Este estar suspendido en la ambigüedad y la alternancia de una posición insostenible, que es la de estar aquí y la de estar allí, la de ser mortal y la de ser divino, es lo que lo ha llevado a ser al mismo tiempo sujeto y objeto de su propia creación.

En esta alucinante dialéctica daliniana él es el que crea y el que se crea a sí mismo, el que se encuentra en una posición semejante a la de la serpiente aurobora que adoraban los antiguos hindúes que giraba sobre sí misma para morderse la cola y devorarse a sí misma. Aquí hay un yo que se devora a otro yo. Lo que nos lleva a plantear lo más paradójico de su postulación: “Dalí cree ser un Dalí que no es el

verdadero Dalí”. La sola estructura de esta construcción lógica es la que nos permite decir que está loco -como él mismo acertó al decirlo-, ya que hay un Dalí que está convencido de que es DALI, cuando en realidad es simplemente Dalí¹.

Con la construcción de este decir Dalí (como sujeto de lo que dice y no sabe que dice y no sabe qué dice) queda totalmente enajenado y elidido, alejado de sí mismo y del decir que lo atraviesa. Porque – según él- entre Dalí y Dalí hay un abismo en el que, como si fueran costas de un ancho mar, flota perdido y alocadamente sosteniendo como tabla de salvación la idea de “creer ser lo que no es”. Pero la verdadera locura no está allí precisamente, sino en este giro identificatorio al significante de su propio nombre, con el que se nombra y se llama, como una forma de invocar al alter ego con el ego, en este “creer no-ser lo que realmente es”.

Para el segundo Dalí, lo descabellado es que el primer Dalí “crea ser DALI”, mientras que lo correcto, para él, es creer que Dalí *no es* DALI.

Por eso nos preguntamos: ¿qué dicho es más delirante de los dos? ¿Qué decir es más irracional? ¿El del primer Dalí o el del segundo? ¿Que el primer Dalí crea que es *el segundo* o que el segundo crea que no es *el primero*?

El segundo DALI dice que el primer Dalí es un loco, porque piensa que ES él, alguien que no es –aquí está el primer giro-; pero lo delirante es que este segundo DALI crea, de verdad, que esté plenamente convencido de que el primer Dalí NO-ES quien realmente ES, o sea, él mismo.

De esto surge la siguiente estructura:

Dalí.....(es).....Dalí
Dalí.....(es un loco que se cree que es)....Dalí
Dalí.....(no es).....Dalí

Pero comencemos por lo primero, y pongamos sólo a modo de ejemplo la contraposición entre la locura y el genio de dos grandes cuyo decir aparenta ser de igual estructura. Porque por ejemplo, Dalí dice que “no es Dalí”, en cambio Maradona sí dice que “es Maradona”. (o como dicen todos “el Diego es el Diego”) “Es el que Es”, como el bíblico Jehová.

Pero veámoslo mejor. ¿Qué diferencia hay entre los postulados de estos dos sujetos? Hay un delirante que dice que “Dalí es un loco que se cree que es Dalí”, pero por otro lado hay miles de personas cuerdas y normales que dicen que “el Diego es El Diego”, y que Maradona “ES Maradona”. (Como se suele decir, ¿quién te crees que sos, Maradona? Vemos entonces que no hay mucha diferencia en las frases que pueden decir los que están locos y las frases que pueden decir los que están cuerdos, ya que lo que parece delirante en unos aparece como normal en los otros. Esto es porque la estructura del discurso tiene una estructura de ficción, la que está anclada en el mundo de la apariencia por la verdad

¹ Las mayúsculas en contraposición con las minúsculas de su nombre permiten entender aquí más fácilmente lo que unas líneas atrás dijimos sobre la idealización que él mismo hace de su propia persona.

que se pone en juego allí para el sujeto que se sostiene en su decir. El matema que queda articulado aquí en la escritura de esta frase es el que sostiene para el sujeto algo en relación a la verdad y a la apariencia. Por eso, como lo hemos dicho ya en otras oportunidades, es el mismo discurso racional el que permite sostener el discurso de la locura.

Solo por medio del pensamiento racional podemos decir “yo soy yo” o en este caso “Dalí es Dalí”. Pero Dalí viola el principio de no contradicción, en su versión ontológica, según la cual nada puede ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo sentido, rompiendo esta identidad lógica y sosteniendo la postulación más descabellada “Dalí no es Dalí”, o como lo dice él “yo soy Dalí y no soy Dalí”.

Ahora bien, si tomamos como parámetro de comparación al jugador argentino en función de aquellas gloriosas y tan controvertidas frases que tanto hemos analizado en nuestro libro², podríamos decir que Maradona, no es un loco que, como Dalí, cree ser alguien que en realidad no es. Por el contrario, Maradona sabe perfectamente *que es* Maradona, y además sabe *quién es* Maradona, y lo que representa para los hinchas que lo aman y lo siguen en todo el mundo. Y por cierto, lo sabe muy bien. Por otro lado y siguiendo la misma idea y la misma línea de comparación entre lo que es de los mortales y lo que es de los divinos, lo mismo podríamos decir que pasa con el Hijo de Dios; Jesús sabe perfectamente que es El Cristo resucitado. Porque Jeshúa *es* “Jeshucristo”. Por esa razón, podríamos agregar en función de esto que acabamos de decir una vuelta más sorprendente aún y decirlo así:

**Dalí no se hace el loco;
“Dalí es un loco que se hace el Dalí”.**

Porque, ¿quién podría acaso no decir que este trazo esquizoide en el discurso delirante de Dalí no es lo más pintoresco que hayamos podido ver de su rasgo y personalidad?

Es indudable que lo más atractivo de la genial locura del pintor tiene que ver con el círculo y la metáfora de la eternidad, con esa la figura geométrica identificada desde la más remota antigüedad con la divinidad y la perfección. Lo que hay de “loco” en el discurso de Dalí es este aspecto que en él se identifica con la eternidad, manifiesta en la circularidad y la omnipresencia que encuentra en saberse o sentirse o ser Dios –para él mismo–; con el orden aparentemente caótico de lo que es al voleo, con lo que gira de un lado a otro con control.

Sorprendentemente, la famosa locura “daliniana” ya está implícita en esta articulación ser–no–ser. En este saberse mortal y al mismo tiempo, creerse Dios. Por la particularidad de esta personalidad escindida, por la palabra que lo parte y atraviesa, es que permanece suspendido en este “saberse y-no saberse” dividido. Porque, acaso, ¿no es este mismo decir de su famosa frase el que lo aparta y lo enajena de su propia mismidad?

Dalí se agranda, se potencia y se proyecta mentalmente al cuadrado cuando se encuentra cara a cara con Dalí, ese “otro” de él mismo que lo duplica en genio y en tamaño. Porque esta es su realidad más



² Este es un tema que el autor de este ensayo ya se ha explayado muy cabalmente en su obra *El Nombre de DIOS* sobre el gran jugador argentino, Diego Armando Maradona, y que el lector podrá encontrar en dos apartados de este mismo Sitio web: “Maradona” y “libros”.

patética; cuanto más se aleja de Dalí más se acerca a DALÍ. Veamos sino lo que escribía en *La vida secreta de Salvador Dalí* (1942): "A los tres años quería ser cocinero. A los cinco quería ser Napoleón. Mi ambición no ha hecho más que crecer y ahora es la de llegar a ser Salvador Dalí y nada más. Por otra parte, esto es muy difícil, ya que, a medida que me acerco a Salvador Dalí, él se aleja de mí".

¿De quién es esa firma?

Ahora nos referiremos a otra de sus tantas creaciones delirantes. Tal vez una de las más distintivas y exóticas que Dalí haya podido construir con su nombre y con la imagen que surge de la grafía de su nombre. La que podemos encontrar plasmada en el rulo de su rúbrica y la que con gran ingenio ha hecho corresponder con la corona líquida que produce una gota al caer, tal y como la podemos apreciar en el dibujo de aquí abajo.



La "corona líquida" que dibuja aquí Dalí sobre su rúbrica es un calco de la fotografía estroboscópica de la caída de una gota de leche, realizada -creo yo- por un ingeniero eléctrico llamado Harold Edgerton –o algo así-, y que tiene connotaciones muy particulares como todo lo que hacía él.

Pero ¿qué es lo que vemos en esta imagen? ¿Es su firma una firma "elegida" como la que podríamos hacer cualquiera de nosotros o es un símbolo despersonalizado de toda identidad pero que refleja parte de su identificación con "la corona"? En verdad Dalí no utiliza sus iniciales como lo hace todo el mundo, como un mero sello identificatorio, merced al empuje que le viene de las oscuridades de su inconsciente, él potencia las letras de su nombre en una pictografía fantasmática que diseña casi como si fuera un emblema de su propio narcisismo.

La rúbrica de nuestro gran artista es en verdad un canto a la creatividad. Con líneas firmes, simples y llenas de convicción, el maestro de la excentricidad le ha dado a su presuntuosa firma un aire absolutamente propio y aristocrático. Comienza la elaboración de su impactante pictografía dibujando diligentemente, y de un solo trazo, una especie de elipse que culmina en el palo mayor de la D inicial - casi como si fuera un sombrero o una aureola de santidad sobre la cabeza de dicha letra- a la que luego convertirá cubriéndola de minuciosos detalles en una fantástica y señorial corona flotante, ostentando visiblemente sobre las letras de su nombre una encumbrada posición de poder y soberanía. ¿La finalidad? Establecer un paralelo con la fotografía estroboscópica de la caída de una gota de leche como un modo surrealista de plasmar la imagen de propia coronación. Es lejos la mejor composición

pictografía que se le haya podido ocurrir hacer sobre sí mismo, pues como vemos, es la que mejor retrata la naturaleza estética de su descomunal egocentrismo.

Pero estas desbordantes manifestaciones narcisistas no se circunscriben únicamente al ego del pintor español sino que es algo que también ocurre con el ego de todas las grandes estrellas y personalidades relacionadas con el cine, la literatura, la filosofía, el deporte, la música, etc. Esto es lo que llamamos “ser famoso” o “hacerse un nombre”, ya que sólo por la vía del nombre, del nombre propio, puede uno destacarse, hacerse conocido y forjarse un lugar en la historia. No olvidemos que así como Dalí dibuja una simbólica corona arriba de su apelativo, Bruce Lee (el artista marcial al que llamaban “pequeño dragón”) escribe debajo de su firma los caracteres que representan al fabuloso animal, y Diego Maradona (el legendario “10”), coloca de igual modo debajo de su nombre, y entre paréntesis, el número que lleva en la camiseta, evidenciando en cada uno de los casos la relación que tienen los sujetos con la elección del significante que mejor los representa (el significante amo o maestro) y con el cual son reconocidos en todo el mundo.

Volviendo al caso de nuestro estafalario artista, vemos en el diseño de su personalísima rúbrica un desesperado intento de mostrarle al mundo lo que es y lo que siempre había querido ser: un niño. Y la “corona de leche” representa justamente eso, el lugar donde puede reafirmarse como niño y como rey, desde luego, como un intento de eternizar el delirante reinado de su Yo. No es casualidad entonces que el juego favorito de su primera infancia haya sido vestir el traje de rey; ya a los diez años, cuando se autorretrata como *El niño enfermo*, descubre los beneficios de aparentar una constitución frágil y nerviosa.

No por nada Freud llamaba al niño “*His majestik the baby*” (su majestad el niño), y quien sabe si no fue inspirado por la memorable visita que le hiciera el artista al psicoanalista más afamado del momento³. Dalí amaba la ciencia, y de hecho, en muchas cuestiones podríamos decir que fue el Leonardo del siglo XX. En su biblioteca tenía libros de física, matemáticas, historia natural y biología, y muchos de sus cuadros son realmente extraordinarios porque están inspirados en los descubrimientos más novedosos de la época en que vivió. La energía atómica, la hélice de ADN, el ojo estereoscópico de las moscas, la teoría de la Relatividad de Einstein, junto a un sinnúmero de descubrimientos científicos sirvieron de inspiración para muchas de sus obras. Y como no podía ser de otro modo, la lectura en los años 20 de “La interpretación de los sueños” cautivó a Dalí, despertándole el interés por el autoanálisis, y convirtiéndose a través de sus obras más desquiciadamente sublimes en el más importante de los artistas surrealistas de toda la Historia del Arte. De hecho inventó lo que él llamó el “Método paranoico crítico” como una forma de alcanzar el subconsciente y hacerlo una fuente inagotable de inspiración.

Volviendo a la frase del pintor y a su desbrozamiento, podemos ver que la locura consiste en creer que Dalí puede ser Dalí cuando está perfectamente claro –para él, y este es el giro- que Dalí (no es) Dalí. Él retuerce lógica de esta postulación produciendo la alucinación en el sujeto que se encuentra privado de luz y de razón, porque él parte de no ser él “él mismo”, y con ello parte al medio la identidad neurótica que da pie a decir “Dalí es Dalí”, cuando por otro lado todo el mundo sabe que, por ejemplo, El Diego es el Diego, y sin embargo nadie se asombra por la obviedad de esta tautología porque es perfectamente lógica y comprensible, pero sí nos sorprendemos cuando está planteada por la negativa. ¿Podría el Diego NO SER el Diego? ¿Podría ser el Diego un loco que se cree que es Maradona? Por cierto que sí.

³ Dalí consigue por fin encontrarse con Freud, después de varios y fallidos intentos, el 19 de julio de 1938 en Londres, ciudad en la que el maestro vienés estaba exiliado.

Perfectamente. Y tal vez Diego haya alcanzado ahora este tipo de locura daliniana y crea ser Maradona. Por qué no. ¿Acaso en él no convive también el genio con el loco?

Posiblemente la locura de Dalí no sea otra que esta esquizofrénica postura de estar absolutamente convencido de que Dalí, no es Dalí, sino alguien que simplemente “cree” que es Dalí, pero que en su trastocada realidad no lo es.

A todo esto hay un dato muy interesante para que viene a cuento y que puede iluminarnos el camino en este momento del recorrido. El hecho es que Salvador Dalí nace 9 meses después del fallecimiento de un hermano, que llevaba igual nombre. Había muerto de un “catarro gastroenterítico infeccioso” y sus padres deciden llamarlo con el nombre de su difunto hermano, de algún modo para llenar el vacío que les había producido la muerte “del otro”. Este es el episodio que marca un antes y un después en la vida del artista, quien llegó incluso a tener una crisis de personalidad al creer que él era la copia de su hermano muerto. Cuando tuvo cinco años, sus padres lo llevaron a la tumba de su hermano y le dijeron que él era su reencarnación, una idea que él llegó a creer. Dijo de él: “Nos parecíamos como dos gotas de agua, pero dábamos reflejos diferentes... Mi hermano era probablemente una primera visión de mí mismo, pero según una concepción demasiado absoluta”.

Hablamos de un individuo que con su nombre sostiene la presencia de dos sujetos completamente diferentes, porque en él habita el genio y el loco como si fueran gemelos, a veces como si fueran vecinos y a veces como si fueran extraños. Y la pregunta de rigor que nos vuelve ahora a resonar en los oídos es la misma con la que presentamos el título de este ensayo: Dalí, ¿es o no es Dalí? Porque como vemos está el genio y está el que se cree que es el genio, que es “el otro”, el que está loco. Y tal vez sea este “Otro Dalí” (el que no existe y el que él mismo se empeña en hacer existir) el hermano que falleció nueve meses antes de haber nacido él y al que también le estaba destinado llevar el mismo nombre. Sería pues como si Salvador Dalí estuviera tratando de rescatar de las aguas de la inexistencia a aquel otro Salvador Dalí que murió pero que –chispa de genio y de locura mediante- volvió a revivirlo y a presentificarlo en su discurso, probablemente como una forma de salvarlo y de salvarse. De salvar al Salvador.

Tal vez el exceso con el que estuvo colmada siempre su vida intentaba compensar la carencia que dejó su difunto hermano, y los numerosos personajes que supo interpretar junto a la angustia que aprendió a sublimar en una multiplicidad de delirios cargados de humor y sordidez estaban destinados también cubrir esa inllenable ausencia. Y así como me preguntaba al comienzo de este estudio y ahora mismo al finalizarlo, te pregunto a vos, estimado lector: Dalí, ¿es o no es Dalí?



HUGO CUCCARESE